

TU YO Y EL ALZHEIMER

Mi madre me contaba que cuando yo aún crecía dentro de ella, mi abuela Priscila se lamentaba. Se lamentaba porque pensaba que ya era muy mayor, y que no llegaría a vivir tanto como para verme andar. Y que si tardaba mucho en nacer, quizá ni me vería la cara. Exageraba mucho, creo yo.

Pero por si acaso... me adelanté, y vine a este mundo llena de alegría. Mi madre también dice que mi yaya Priscila estaba preocupada: "esta niña no medra" decía. Quería que yo creciera rapidito. Supongo que querría pasear conmigo, jugar conmigo, y cuidarme. Y aprendí a andar. Y a hablar. Y allí estaba ella, emocionada, viéndome corretear, cantar, chillar, pintar, nada de dormir...

Toda la familia venía a verme a menudo, así que su casa se llenaba de gente.

Priscila estaba muy contenta. Todo el mundo estaba muy contento a mi alrededor.

Pero mi abuelo Gaspar se puso malito, muy malito. No pudo superar el mal que tenía, porque ya era muy tarde para conseguirlo, y no tenía fuerzas. Y se murió.

¡Cuánta pena! Ya no estábamos contentos. Todos teníamos mucho pesar en el corazón, y en la vida de cada día...

Y entonces, pasó algo. La yaya Priscila, que me quería tanto, (seguro que aún me quiere, seguro, seguro), empezó a ser arisca conmigo. Parecía que era una niña, mayor que yo, pero una niña, porque me reñía mucho y me decía que le rompía las cosas y que me subía a sitios a los que ni ahora llevo.

Poco tiempo después parecía que no sabía dónde estaba. Se ponía nerviosa, quería irse a su casa, con su madre.

Y empezó una etapa muy difícil. Priscila no reconocía la casa en la que vivía. Solo decía: "¡qué hago yo aquí!" y "me voy ya ". ¿Adónde quieres ir? Le decíamos. Ella contestaba enfadada: ¡a mi casa!, ¡a dónde va a ser!, ¡ya es tarde!

Y se nos escapaba. Se escapaba de día y de noche. Por la puerta, por la ventana. Todos trataban de retenerla pero me doy cuenta de que mi tía tenía más fuerza que todos ellos juntos. Y también iba armada con su bastón, que maneja estupendamente. No podíamos dejarla sola. Si se iba, terminaba perdiéndose.

A veces, sabía perfectamente quién era todo el mundo que le rodeaba .Y por supuesto sabía vestirse y asearse, y controlaba si venía el panadero, el pescadero, el frutero...

Si salíamos a pasear para que se calmara, cuando quería a toda costa ir a casa de su madre (¡Que esa no es mi casa! decía) podía ocurrir que, a medio camino, recuperara su recuerdo. Entonces, se giraba hacia atrás, y al ver la fachada de su casa, decía sorprendidísima: "Pero, ¡si es mi casa!, ¡es mi casa!, ¡pero a dónde iba yo! ¡Cómo no he sabido que era mi casa!". Y entonces lloraba, con el susto encima.

Nada más sentarnos en la cocina, se calmaba y se quedaba pensando sobre lo ocurrido. Pocas veces más ocurrió esto.

Ya hace tiempo que no reconoce más que a algunos familiares y a algunos vecinos.

Los vecinos la quieren mucho también y se paran a hablar con ella. Le cuentan cosas que vivieron juntos, por si recuerda algo. A veces, sólo a veces, sí recuerda. A pesar de todo lo que olvida, es muy lista. Es fuerte. Y tiene muy claro lo que le gusta y lo que no.

Yo le hago reír, haciéndole cosquillas. Y también le hago rabiar poniendo caras. Ella también las pone. ¡Cómo se enfada conmigo, incluso sin hacerle nada!

Ahora tenemos que cuidarla a ella, ocuparnos de que coma, de que duerma, que tome un poco el sol... Pero aquí está el problema más grande. Mis padres y yo vivimos en la ciudad mientras hay colegio. Además, todos los mayores trabajan, y no pueden estar con ella todo el tiempo. Aunque tratan de sustituirse unos a otros cuando alguien falta, los problemas surgen cuando coincide que todos tienen que estar fuera. Los trabajos que tienen turnos no ayudan en estos casos.

Priscila no puede quedarse sola. Porque puede caerse de la cama, o por las escaleras si se levanta de noche para ir al cuarto de baño, puede abrir el gas de la cocina, romper un vaso si no lo coge o lo deja bien...

Nos hacía falta alguien que estuviera con ella todo el tiempo. Al principio, mi otra abuela se fue a vivir con Priscila. Mis abuelas se llevan muy bien. Pero Priscila se volvía más peleona, y tuvimos que buscar a una persona fuerte, que supiera cuidar a gente como mi yaya, que supiera entender lo que le pasa.

Y así vinieron a casa las cuidadoras de la yaya. Han sido varias, porque todas han tenido también obligaciones familiares que no podían atender viviendo en nuestro pueblo.

Ahora, todos estamos bien. Hay mucho que hacer, no nos aburrimos. Mi yaya tampoco. Aunque no lo diga, creo que ya se siente a gusto en casa, con nosotros. Echamos de menos que no nos llame por nuestro nombre...

¿Queréis saber qué hacemos todos los días en verano?

Se levanta a las diez y media, cuando la despertamos. Cuando conseguimos vestirla y cambiarle el pañal, bajamos las escaleras, que tampoco es tarea fácil porque, encima, los escalones son enormes y están "superempinados". Luego va al baño, que tampoco le gusta, y la peinamos.

Llega la hora de desayunar: un vaso de leche y dos magdalenas. De momento mi abuela come bien.

Después, mi tío se va a trabajar y ella se queda con la cuidadora que tiene, que es de Nigeria. Yo me voy a jugar a las doce y ella se queda en casa sin hacer nada: solo mira por la ventana a ver quién pasa. Si hace bueno sale a sentarse al banco de fuera y habla ella sola y rima cosas sin sentido como "bendita la paz, bendito el amor, bendita la pierna de mi corazón", o que "el de los pimientos nos quiere robar", o que "hay una guarida secreta detrás de la nevera"... pero no calla.

Luego, a las dos y media, mi padre viene a comer. Yo vuelvo a casa y mi tío viene de trabajar. Comemos y a las cuatro me voy a jugar otra vez. Mi tío baja al bar y mi abuela se echa la siesta. Duerme alrededor de una hora, hora y media, o si se pone cabezota no duerme y ya está.

Después damos un pequeño paseo (si quiere, claro).

Le damos de merendar un plato con trozos de melón, nectarina, albaricoque, naranja... fruta en general.

Los viernes la duchamos. Bueno, la duchan mi padre y la cuidadora porque tiene una fuerza brutal. Al final acaban mojados los tres. No le gusta nada, nada, nada. Y pelea duro para salirse del cuarto de baño aunque esté ya enjabonada entera. Da puñetazos, araña, muerde, pellizca... se enfada mucho con ellos. Tras la ducha se queda muy tranquila. Será que también está cansada.

Luego toca cenar, todos juntos también. Y cuando terminamos, la llevamos a la cama. Otra pelea para subir las escaleras hasta su dormitorio. Y otra más, para desvestirla y ponerle el pijama. Le ayudan a acostarse y ya se queda casi dormida...

De vez en cuando la llevamos a la peluquería, para cortarle el pelo. Eso sí le gusta, no pone pegas. Si le apetece caminar, recorreremos con ella casi todo el pueblo. Eso también le gusta. Creo que recuerda las calles del pueblo. Y eso le hace sentir bien. Va muy decidida: "por aquí, por aquí" va diciendo.

Cuando empezó todo esto, los médicos ya les dijeron a mis padres y a mi tío cómo iba a ir perdiendo la memoria, y cómo su comportamiento también iba a cambiar.

Así que mi madre aprovechaba las charlas que tenía con la yaya para hacerle recordar cosas que había vivido. De cuando era más joven, de cuando trabajaba, de cuando era más joven aún, incluso de cuando era una niña como yo.

Así ella hacía un esfuerzo en recordar, y no olvidaba tan rápido. Y yo he podido conocer a mi abuela mucho mejor, porque ahora ella no me lo puede contar.

Me alegro mucho de haber tenido la oportunidad de conocer a mi yaya, es estupenda, es fuerte, ha trabajado mucho, ha hecho mucho en la vida por los suyos. Y ha llegado el momento de que los suyos hagamos mucho por ella, que se lo merece.

¡Incluso el pueblo le ha hecho un homenaje! Lástima que ella no supiera que esa fiesta era en su honor. Pero se lo pasó muy bien, estaba feliz. Comió muchos canapés y le encantaba que la gente fuera a saludarla.

